

MARCO TULIO ZELEDON  
PROFESOR DE ESTADO

# Don Miguel Obregón

Benemérito de la Enseñanza

Apología de un maestro insigne



San José

1956

Costa Rica



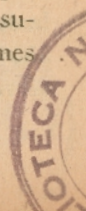
Mientras tanto, en San José ocurría que los libros de la biblioteca universitaria se encontraban hacinados en un vetusto local por las inmediaciones del Mercado de Abastos, donde eran víctimas de la humedad y de los insectos. Fué cuando, dolido de aquel saqueo —declara don Miguel— de lo que tanto me costaba y de la condición en que se hallaban los libros de la biblioteca universitaria, convertida en nacional después de la supresión de la Universidad, impuse de lo que ocurría al señor Ministro don Ricardo Jiménez, quien me encargó formulase un proyecto de reglamentación de bibliotecas, que tres horas más tarde le llevé y que dos días después se publicaba (“Gaceta” Oficial de 20 de abril de 1890).

Tal reglamento determina las rentas necesarias para el sostenimiento de las diversas bibliotecas, fija las obligaciones del personal de las mismas y las horas de servicio al público. Crea asimismo la Dirección General de Bibliotecas y le señala sus atribuciones.

Simultáneamente con la promulgación del referido Reglamento, fué nombrado el señor Obregón para atender *ad honórem*, el cargo de Director General de Bibliotecas. De su brillante actuación en la jefatura de este nuevo servicio, omitiremos todo comentario, ya que conceptuamos más oportuno transcribir literalmente sus propias palabras, que por sí solas son más elocuentes que cualquier glosa que de ellas se hiciera y en las cuales refleja la nobleza de su corazón, al reconocer como lo hace, sin reticencias, los méritos de sus colaboradores:

“En abril de 1890 el estado de aquellos dos centros de cultura (se refiere a las dos bibliotecas: la de Alajuela y la Universitaria) era tal, que llegó a preocupar seriamente al entonces Ministro, Licenciado don Ricardo Jiménez, quien quiso encargarme la tarea de reorganizarlos. Por este motivo se me confió la Dirección de las Bibliotecas; pero conocedor de algunos detalles y en previsión de dificultades, que ciertamente llegaron a presentarse, no acepté remuneración por ella. Los libros de la que fué Biblioteca Universitaria yacían amontonados sobre los pavimentos de la casa que se arrendó para instalarla, y sufrían deterioro. Algunos de los del Instituto de Alajuela fueron hallados en tabernas, empeñados por empleados del establecimiento, y una señorita vecina del Instituto tuvo la fineza de hacerme entrega de uno que le había sido regalado con hermosa dedicatoria; el Director, por su parte, había trasladado a sus habitaciones particulares muchas de las mejores obras.

Mi previsión resultó fundada: ese Director se negó a entregar la Biblioteca a pesar de la reiterada orden del señor Ministro. Para evitar nuevas molestias a éste, con quien estaba ligado por vínculos de gratitud y de cariño, procedí sin su consentimiento a obligar a aquél a obedecer por otros medios que por los racionales hasta allí empleados. El conflicto, desarrollado en la mañana de un domingo en las interioridades del Instituto, y del que uno de los testigos, don Samuel Naranjo, puede dar testimonio, llegó a asumir carácter de gravedad; pero el objeto perseguido se consiguió, y un mes después la Biblioteca Pública de Alajuela funcionaba con regularidad.





Dificultades materiales no permitieron poner al servicio con igual presteza la Biblioteca Nacional, que sin embargo quedó abierta al público en agosto de aquel mismo año de 1890.

Normalizado el servicio de esos dos centros y abierta también la Biblioteca Pública de Cartago, para la cual dejó hecho el pedido de libros el señor Ministro Jiménez, el interés que en un principio manifestó el Gobierno por aquellos establecimientos pareció disminuir, y a ello debe atribuirse el fracaso de mi repetido intento de organizar en Heredia otra Biblioteca análoga a las de Cartago y Alajuela, si bien se logró en escala inferior.

Miradas con algún desdén y privadas del recurso del canje, las bibliotecas de provincias no han podido alcanzar gran desarrollo, ni están en condiciones de suministrar completa información acerca de los progresos realizados en el mundo de las ciencias, las artes y la industria. No así, por fortuna, la Biblioteca Nacional por los especiales elementos y el espléndido edificio de que dispone. Gran parte de su bonancible estado se debe a los esfuerzos del señor don Adolfo Blen, quien inició sus trabajos como Auxiliar a fines de 1891, en que se hizo la buena adquisición de este excelente empleado. Entre los Directores, merece grata recordación el ya fenecido don Bernabé Quirós, por el cariño con que trató e hizo tratar los libros, su entusiasmo por el fomento de la Biblioteca y su immaculada honradez: a él se debe la adquisición de todos los periódicos antiguos del país. Los otros, de quienes no cabe discutir aptitudes, no quisieron vincular su nombre a ninguna labor de aliento; el Director de hecho, el verdadero ordenador de la Biblioteca, ha sido y es desde muchos años, el referido señor Blen, ahora Subdirector y Secretario; es obra suya, exclusiva, la formación de los excelentes catálogos ahora en prensa, que revelan la laboriosidad y perseverancia de un benedictino y una voluntad de hierro que sabe sacrificar a sus ideales todas las decepciones del empleado cumplido. He creído deber mío dejar constancia, una vez más de este hecho. Asimismo me considero obligado a reiterar mis repetidas insinuaciones acerca de la conveniencia de que el Gobierno procure amparar los inestimables tesoros que encierra la Biblioteca Nacional, y los no insignificantes de las provincias, por los medios que estime más eficaces". (Oficio de 30 de noviembre de 1914 al señor Subsecretario de Instrucción Pública).

La Dirección General de Bibliotecas estuvo atendida religiosamente por el señor Obregón, por espacio de veinticinco años, sin que el Estado hubiera tenido que desembolsar la más mínima suma de dinero por ese importante servicio. Sin embargo, al cabo de tanto sacrificio, de tanta abnegación, la garra de la ingratitud humana vuelve a hincar sus filosas uñas en el corazón mismo de este desinteresado servidor. Tranquilamente, de la noche a la mañana, el poder público le solicita su renuncia —que él inmediatamente presenta en los primeros días del año 1915— con el objeto de asignarle una apreciable dotación, para que fuera servida por otro competente educador un poco más afortunado.